RECUERDO

DE LA TERCERA ROMERÍA

AL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS

(PATRONA DE AGREDA Y SU TIERRA)

VERIFICADA PARA IMPETRAR DEL CIELO LA PRONTA Y FELIZ

TERMINACION DE LA SINGULAR CONTIENDA ESPAÑOLA

CELEBRADA EN DICHA VILLA DURANTE

LOS DÍAS 28 y 29 DE MAYO DE 1937

REFERIDA POR

JAIME GARCÍA ROYO

ALUMNO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE GRANADA

TALLERES GRÁFICOS VICIOLA
BILBAO
1938

AL EXCMO. Y RVDMO. SR. DR. P. NICANOR MUTILOA, OBISPO DE TARAZONA Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE TUDELA.

EXCMO. Y RVDMO. SEÑOR:

Cariñosos requerimientos de leales amigos, unidos a la dulce y para mí imperiosa invitación de las Comisiones Gestoras de la Peregrinación, hanme impulsado a dar a pública luz estas crónicas, fruto legítimo, por su escaso valor, de mi pobrísimo ingenio.

Dedicándolo respetuosa y devotamente a la sagrada persona de V. E. R., cumplo uno de los más nobles deberes, cual es el de la gratitud, a la par que satisfago legítimas aspiraciones de mi filial amor.

Dignaos, señor Ilmo., aceptar esta menguada ofrenda, otorgando vuestra pastoral bendición al último de vuestros hijos.

JAIME GARCÍA ROYO.

14 ABRIL DE 1937

El M. I. Ayuntamiento local celebra sesión ordinaria; en ella se discute acerca de las próximas fiestas. Y teniendo en cuenta la singular aflicción española unánimemente acuerda, como ley natural, la suspensión absoluta de festejos profanos; sin embargo, se desea dar el máximo incremento a las fiestas religiosas. Quieren aliviar, al menos, las tristes consecuencias de la guerra. Y ha cruzado por la mente de los allí reunidos la idea sublime, realidad de la salida procesional de la Virgen de los Milagros, con doble sagrado fin : ante todo, para conseguir de su Divino Hijo que sobre el suelo ibérico luzca ya el sol de la paz; después, Madre y Consuelo de los afligidos, que nos proporcione un bálsamo para las heridas que ella causa.

No olvidó el M. I. Ayuntamiento su obligación de ser mensajero de paz a su pueblo. Y al día siguiente, una comisión de éste visitaba a la autoridad eclesiástica, Sr. Párroco Arcipreste don Rufino Oria, para exponer lo acordado en el día anterior. Recordando su misión más que humana, este virtuoso sacerdote recoge tan sublime idea con el mayor entusiasmo. Y seguidamente reúne a todo el Clero agredano, que recoge con entusiasmo la idea, sometiéndola a la necesaria aprobación del Prelado diocesano. A tal fin, el 17 del mismo mes, una comisión integrada por el citado Párroco, don Rufino Oria; Presidente del Ayuntamiento, don Esteban Sevillano; representante del señor marqués de Velamazán, don Joaquín de Cereceda; y secretario de la Corporación agredana, don Constancio Cisneros, visitó a nuestro Excmo. Prelado, P. Nicanor Mutiloa, exponiéndole tan grata nueva y solicitando su pastoral presencia para realzar el acto. El Excmo. señor Obispo aprobó

con sumo gusto la idea, prometiendo su asistencia. ¡Agredanos! Vuestro deseo va a convertirse en realidad! ¡Saldrá la Señora de os Cielos, tierras y mares! ¡La Virgen de los Milagros!

Después organizáronse las Comisiones que señalo al final. Controladas bajo la de la Presidencia, desplegaron tan extraordinaria actividad, que consiguieron borrar los límites y fronteras de nuestros pueblos, haciendo de la comarca agredana, con Aragón, Navarra y Rioja, una noble confraternidad, que días después había de postrarse a los pies de la Reina del Mundo, pidiendo el rápido cese de la lucha fratricida, e implorando su maternal bendición para tantos miles y miles de hermanos que con valor envidiable en el mundo, pelean en defensa de una causa justa: de su Dios y de su Patria.

A MANERA DE PROLOGO

Señor Alcalde de Agreda

Era el 18 de Julio de 1936, fecha gloriosa, en la que el león español, ese león que atemorizó al mundo en la época de su virilidad, que caía rendido al dar la vuelta a sus dominios cuando el sol era prisionero en nuestros brazos, y que con un solo rugido amedrentaba a sus enemigos, despertó del letargo en que le habían sumido algunos de sus míseros vasallos, sin conciencia y sin corazón. A la voz de un general —invicto por ser español— sacudió con furia sus melenas; y cuando otro cualquiera hubiese querido volver atrás y desaparecer para siempre, él irguióse soberbio, alentado por la valentía de sus generales, el patriotismo de sus voluntarios, el arrojo de sus soldados y la santidad de sus religiosos.

A partir del 18 de Julio, España vive una guerra; y ¿sabéis lo que es una guerra? Una guerra, se decía ya en la antigüedad, llevaba consigo todos los males : *Bellum omne malum*. Y es una verdad que la comprueban amargas experiencias. Abrid la Historia, y veréis cómo desde los primitivos tiempos, hasta nuestros días, siempre que se manifestó llevaba consigo el germen de la destrucción y de la muerte. Y ahora, ¿es que no llega hasta vosotros los ecos de tristeza? ¿No veis una mujer enlutada y llorosa que ha perdido a su hijo? ¿No veis un pueblo privado de esa flor que perfumaba su ambiente y que se llama juventud? Parad vuestra atención en un hospital, y llegarán a vuestros oídos los ayes dolorosos de las víctimas que sucumben.

Pueblos enteros han quedado maltrechos a consecuencia de la guerra; ella no respeta nada. En ésta murieron nuestros gloriosos generales, ejemplo del mundo entero, Sanjurjo, Godet y Mola, y eminentes políticos, religiosos y guerreros. Las más lindas ciudades han quedado deshechas, y los mejores puertos de comercio paralizados. ¡Y para qué enumerar hechos por todos conocidos!

Con breves palabras podéis ver lo que es la guerra, y aceptar aquella antigua máxima que antes cité: *Bellum omne malum:* «El azote más formidable con que puede ser castigado un pueblo es la guerra».

Y porque nos encontramos en la más cruel que conocieron los siglos, la Villa de Agreda, y con ella la demócrata Castilla, la invencible Navarra, la alegre Rioja y Aragón la histórica, el 29 de Mayo vinieron a postrarse como un solo hombre a los pies de la Emperatriz del Cielo, la Virgen de los Milagros. Y con acentos celestiales, estos pueblos de epopeya pedían a esta Virgen por el pronto y feliz término de esta guerra; pedían el fin de la contienda que aflige a nuestra querida patria, traspasada paulatinamente del Tabor de sus alegrías al Calvario de una tremenda inmolación; pedían por el pronto regreso de esos hijos idolatrados al hogar de donde salieron. Pedían el aplastamiento total de esos secuaces de Satán, que a su paso robaban mujeres, maltrataban ancianos, deportaban a los niños, y que como nuevos bárbaros, en su huída trocaban en ruinas las casas de los obreros honrados, sembraban de escombros aquellas plazas y avenidas que con tanto estupor mirábamos, convertían en cenizas los claustros consagrados por la virtud y la penitencia a las Vírgenes del Señor, y se apoderaban de los tesoros y valores, para darse regalada vida en el extranjero.

Agreda, el día 29 de Mayo, pidió a la Virgen lo que necesitaba España; y ¿cómo lo pidió? Este es el objeto del presente libro; en él veréis el entusiasmo, la alegría y el fervor con que los hijos de Agreda honraron a su Patrona.

Actos preparatorios

Señor Párroco de Agreda

La Comisión de Propaganda, dirigida acertadamente por el virtuoso sacerdote don Gregorio Cintora, fué encargada de difundir, con la mayor profusión, algunas hojas, en las que se exponía con brillantísimo estilo la necesidad de que viniesen a postrarse a los pies de nuestra Patrona los hijos de Castilla, Navarra, Aragón y Rioja, de los que es Reina queridísima también, para solicitar todos juntos de su corazón maternal la terminación de la singular contienda que aflige a nuestra España.

Toda la Prensa regional acogió con gran entusiasmo la nueva noticia, apareciendo en sus páginas los trabajos destinados a invitar a todos los pueblos, con espíritu de «penitencia, reparación y oración», al Santuario de Nuestra Señora de los Milagros, el 29 de Mayo.

Tanto las hojas como los periódicos alcanzaron éxitos rotundos en los corazones de todos los agredanos, los que al leerlas, enjugaban sus lágrimas, elevando sus ojos al cielo, mezclados con fervientes súplicas.

El corazón de nuestra Milagrosa Madre se valió como instrumento directo de esta Comisión para borrar los límites y fronteras de todos los pueblos, no quedando ni uno sólo donde no llegasen las fórmulas de sus invitaciones y el eco de nuestros anhelos.

Por otra parte, la Comisión de Ornato, con su celoso presidente,

don Sebastián Jiménez, se encargó de engalanar artísticamente el pueblo. Y a su efecto, con el previo concurso de todos los vecinos, levantó doce soberbios arcos en las calles que la Virgen había de recorrer triunfalmente días después. Todos lucían las magníficas flores confeccionadas por las mujeres agredanas, rindiendo así también ellas un tributo de admiración y homenaje a su Virgen. Ostentaban todos los arcos sendos letreros, cuyo significado evocaba de manera emocionante un breve pero encendido ruego a nuestra Santísima Madre. Así, los jóvenes católicos, sobre su arco de extraordinario gusto artístico, colocaron el siguiente título : «¡¡Madre, salva a España!!». Y en otros leímos: «¡¡Virgen de los Milagros, socórrenos!!» «¡¡Por los caídos, salva a España!!» «¡¡Virgen de los Milagros, danos la Paz!!»

Asimismo aparecían adornadas con exquisita gracia las fachadas del templo parroquial y del M. I. Ayuntamiento. Los miembros de la Corporación se encargaron de la más exacta limpieza de todo el trayecto que la Madre de Dios había de seguir. En resumen : el pueblo se vió desde las vísperas de las fiestas con extraordinaria vistosidad y lucidez, consecuencia de los preparativos de todos y cada uno de los vecinos para los extraordinarios acontecimientos que se acercaban en días sucesivos.

Las familias que se encontraban fuera de su villa natal retornaron a ella para presenciar los actos religiosos que en su pueblo habían de tener lugar; personas de todas las clases sociales vimos llegar en innumerables autobuses, afluencia que se acentuó en su grado máximo el viernes por la noche y el sábado por la mañana. Todos los soldados se esforzaron en solicitar cuanto antes permiso de sus jefes para tal día, y no fueron pocos los que tuvieron la dicha de ver a su gloriosa Patrona recorrer triunfalmente las calles de Agreda.

Miles de forasteros acercáronse al Santo Altar, desde muy temprano, a pedir a su Virgen que el árbol de la Paz—fruto tan deseado—cobijase pronto a España. Un elevado número de fieles llegó hasta el Santuario con los pies desnudos, salvando distancias de más y más kilómetros en ofrecimiento y penitencia.

Todas éstas, y las Comisiones que señalo al final, desenvolvieron magníficamente su cometido, siendo dignas de los mayores elogios, y funcionando controladas bajo la Comisión de Presidencia, cons-

tituida por el abnegado párroco de esta iglesia, don Rufino Oria, y el dignísimo alcalde, don Esteban Sevillano.

La iglesia desplegó todas sus galas litúrgicas; y su aspecto, haciendo alarde de gran belleza, era soberbio. Vimos a nuestra venerada Patrona, vestida de hermoso traje morado, sobre su camerín; y su altar, profusamente iluminado, parecía un ascua que comunicaba fuego y valor a todas aquellas almas que, enlutadas, lloraban muy cerca de Ella la muerte de sus hijos o la ausencia temporal.

He aquí un ligero bosquejo de los más elementales actos preparatorios que los agredanos tributaron a su Virgen con motivo de la suntuosa peregrinación.

Entusiasta recibimiento al señor Obispo

Nuestro Excmo. Prelado, Dr. Nicanor Mutiloa, no pudo asistir a tan grandiosa romería, debido a su estado de salud, representándolo el Ilmo. señor Obispo de Docimea (Oceanía), Dr. Pamplona.

El recibimiento que se le tributó fué el siguiente : Todos los fieles que ya permanecían en Agreda el 28 de Mayo, se apiñaron sobre las cuatro de la tarde a lo largo de la carretera de Aragón, esperando con avidez el momento de divisar a lo lejos los carruajes de la ilustre comitiva navarra. El golpe de vista que ofrecía la multitud de gentes, entre las que figuraban el Clero, Ayuntamiento, autoridad judicial y militar, Juntas de la Virgen, Hermandad del Santo Cristo de la Vera Cruz, etc., etc., no podía ser más sorprendente y curioso; en todos los rostros se pintaba un solo deseo, y todas las miradas convergían en un punto. Por fin, de todos los corazones se escapa un grito de júbilo : «Ya llega el señor Obispo»; se preparan para verle mejor. Y tan pronto como su Excelencia echa pie a tierra, suena el himno nacional, a la par que un caluroso ¡Viva el señor Obispo! ¡Viva la Virgen! ¡Viva España! brota de todos los labios, no cesando esta aclamación durante todo el trayecto que el acompañamiento recorrió hasta el espacioso templo de Nuestra Señora de los Milagros.

Sábado 29.—La Aurora y el Rosario

Eran las tres de la mañana del 29 de Mayo. Bajo el cielo azul, tachonado de estrellas, la villa de Agreda, reclinada en las faldas sorianas del Moncayo, y en el día de su extraordinaria fiesta; reina en ella su característica paz campesina, empapada del silencio de la noche. La luz del rey de los astros pronto hará más brillante la esmeralda de los verdes prados, dando suavidades inefables al paisaje. El clarín de oro de un gallo comenzaba su matutina sonata. Amanecía. Y allí, en un rincón del pueblo, vemos un grupo de hombres. Con ellos, sólo el suave arrastrar de los pies. Mucho silencio; y esto, en el día mayor, en aquel día que en pasados tiempos antes de la guerra, no faltaba el bullicio de la fiesta durante toda la noche, dejándose oír las dulzainas —gaita pastoril acompasada por el grave parche del tambor—, mientras las mozas danzaban, arreboladas de emoción, esos arcaicos bailes de ritmo lento y honestos giros, que tienen abolengo en religiosos ritos.

Todo ello pasó; hoy es día de grandes recuerdos. Tres días de fiesta, pero tres amigos caídos; luto en todos sus días. Por eso, en lugar de estos murmullos de danza, las notas armoniosas y rítmicas de aquellos hombres, ahora han formado un círculo, y una tosca campana ha dejado de sonar. Luego, sube al cielo una oración: ¡Oh Virgen de los Milagros, dadnos la gloria!... Un padrenuestro por los caídos... Y en susurro tembloroso, y como fieles y únicos testigos los alfileres clavados en el azul, las oraciones se multiplicaban. Más adelante han formado un nuevo «corrillo». Otra canción a su Virgen, y momentos después salía el Rosario solemne de la Aurora, acompañado de centenares de personas.

Pero el sol ha comenzado ya a lucir su hermosa cabellera por el Oriente; ya podemos distinguir los rostros. Y nada sabemos más, porque nos marchamos al templo a felicitar a nuestra Madre en el día de su Santo...

Los actos de la mañana

Serían las siete. Los pueblos, según nos dicen, van a comenzar a llegar, para hacer efectiva su presencia.

A las 7,15, un sacerdote vestido de capa, representante del señor párroco, acompañado de un delegado de la autoridad, dos cofrades de Nuestra Señora de los Milagros, y la cruz parroquial, salen de la iglesia con el estandarte correspondiente al pueblo que va a efectuar la entrada. Van a las afueras de la villa, donde llega en aquellos instantes el pueblo de Muro en masa. Ha sido el primero en venir. Es un solo pueblo, pero se ve a lo largo de la carretera de Soria interminable rosario de almas. El pueblo se acerca con su sacerdote al frente. Trae también Cruz y Pendón. Comienzan las ceremonias: chócanse las cruces; las varas de mando cambian de dueño; el sacerdote agredano entrega su capa al forastero; y en procesión, se dirige este pueblo al templo Mariano, portando su estandarte respectivo.

Con poca diferencia de tiempo, llegan: La Cueva, San Felices, Fuentes, La Aldehuela, Montenegro, Vozmediano, Olvega, Valdelagua, Beratón, Castilruiz, Añavieja, Fuentestrún, Dévanos, Matalebreras y Trévago.

El R. P. Montserrat, eminente orador y Superior del Real Convento de PP. Predicadores de Valencia

Nada más original y fantástico que ver en la espaciosa iglesia la entrada de tanto pueblo y de tanta gente, mezclando y confundiendo sus voces; unos cantando el Rosario; otros, versos a María; muchos gritando ¡Viva la Virgen!, y no pocos ¡Viva España!, y viéndose flotar tanto estandarte que venían a depositar a los pies de María como prueba de respeto y devoción.

A las siete y media entraban los romeros de Aguilar del Río Alhama, en perfecta formación; y poco después, Fitero, Cintruénigo y Corella, con preciosos estandartes, y llevando al pecho una medalla de la Virgen de los Milagros.

A las nueve y media eran ya los 16 estandartes rendidos a los pies de la Virgen, y otros muchos de Aragón y Navarra; comenzó la Tercia solemne, y después la misa de Pontifical, oficiando el Ilustrí-

simo señor Obispo, Dr. Pamplona, ayudándole el M. I. señor don Zótico Royo, Canónigo del Sacromonte de Granada, y don Rufino Oria, párroco de Nuestra Señora de los Milagros.

El Excmo. Cabildo de la S. I. C. de Tarazona, previa invitación del señor párroco, envió como representantes a los señores Canónigos don José María Sanz, don Bernardo Aroz y don Domingo Jimeno, oficiando en la Pontifical de Presbítero Asistente el primero; y los otros dos, de Diáconos de Honor.

Ocupó la sagrada cátedra el R. P. Superior del Real Convento de Padres Predicadores de Valencia, don Vicente Montserrat.

La parte musical estuvo a cargo del ejemplarísimo sacerdote agredano don José D.ª Martínez Aroz, organista de Borja, que confirmó una vez más su fama de artista designando la misa a dos coros del M. Bilbao. Con gran acierto y rara habilidad supo explotar y aprovechar valiosos elementos existentes en Agreda: los reforzó y avaloró con voces escogidas en los pueblos distinguidos por su devoción a nuestra querida Patrona, y vió coronada su difícil y penosa labor obteniendo fidelísima interpretación, que entusiasmó al público y llamó poderosamente la atención de los inteligentes. Entre los cantores que tomaron parte merecen especial mención el tenor agudo, el bajo de la Catedral de Tarazona y varios tiples de la Colegiata de Borja.

Texto taquigráfico del elocuentísimo sermón pronunciado por el R. P. Montserrat, O. P.

«In te speraverunt patres nostri, speraverunt et liberasti eos. Ps. 21, V. 5.
En ti esperaron nuestros padres; esperaron y los libraste. Salmo 21, vers. 5».

Excmo. y Rvdmo. Sr. (1)

Ilmos. Sres. y amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Como la navecilla del libro de la Sabiduría, empujada desde las lejanas riberas de la eternidad por el soplo del Espíritu Santo, portadora del pan del cielo, así llegó a las riberas del venturoso Matachel el preciado tesoro de Agreda, el arca prodigiosa encontrada allí por unos pastorcitos, que encerraba como en dorada concha la perla blanquísima, la Santísima Virgen de los Milagros, con su hijo Jesús en los brazos, bogando sobre las aguas de aquel río, desplegada la vela de la confianza en Dios, como si los propios ángeles la llevasen sobre sus alas de raso como tronos de la Majestad Divina.

La Virgen de los Milagros es el tesoro de Agreda y algo más, porque podemos decir con verdad al contemplar las lágrimas, y escuchar el rumor y los suspiros de tantos miles de peregrinos castellanos, aragoneses, navarros y riojanos, bronceados por el sol, acercarse en vehementes oleadas a besar las gradas del trono imperial de María; ante este mar de religioso entusiasmo bien puede asegurarse que si España es un templo dedicado a María, Agreda, con su Virgen de los Milagros, es hoy su altar mayor...

(1) El Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Docimea.

Castilla, Aragón, Navarra, Rioja, nobles como el oro de sus trigales, que la perezosa brisa de mayo riza, mimosa, como los rubios tirabuzones de sus hijas, hermanas de héroes. Centellas del fuego sagrado del patriotismo, son las rojas amapolas con que la musa heroica de primavera escribe, cual si fueran letras de sangre, fragmentos de la epopeya nacional en el inmenso pergamino de sus campos de trigo, orlado por marco de montañas abruptas de cincelado roble.

Gozosas veis madurar, en el árbol frondoso de la Patria, los frutos de la victoria y multiplicarse las hazañas heroicas entrelazadas como las cerezas dulces y de color de sangre, como los labios de la Madre España, de tanto besar las heridas abiertas en la carne mártir de sus hijos.

Castilla, Aragón, Navarra y Rioja, baluartes de la libertad de España y heraldos de la libertad del mundo, conseguida por la religión, antes que en ningún otro pueblo de la tierra por el milagro de los Concilios convertidos en Cortes; la paz, el bálsamo y el cariño, ofrecen las ramas de vuestros olivos milenarios, con el jugo suave del fruto sagrado, y fortaleza invencible proclama la rama desgajada del roble que blandió el hijo de la montaña para herir en la frente al marxismo traidor.

Tierras de reyes y de próceres, de ricos-homes, de homes buenos y de hombres libres, que fonsados ganasteis vuestras tierras a los moros con la sangre de las venas y el filo de las espadas, y escribisteis el poema religioso de vuestra fe con caracteres de granito en las soberbias catedrales, escoltadas de gigantes torres, con cota de malla ennegrecida por el polvo y el sudor, y de rostro moreno tostado del sol como la tierra cocida de Aragón, que es carne encendida por el ideal, rizada y sin doblez, soñadora y elegante en la policromía de sus frisos y cenefas mudéjares.

En ti, Señora, confiaron aquellos hombres forjadores de la España grande, y nosotros también confiamos en ti, Madre nuestra. Su historia es un tapiz de oro viejo, donde aparece siempre tu imagen gloriosa, con sedas de azucena y turquesas de color cielo cuando adivinamos tu pureza inmaculada, arrebolada con claridades del Empíreo, o mostrándonos en tus brazos virginales ese Sol, que te ha hecho morena de tanto mirarte en Él; tapiz de sedas repujadas con la inspiración religiosa del monje de San Millán de la Cogulla y del Rey de

las Partidas; tapiz orlado con las filigranas del romance y con las lenguas de fuego de las saetas amorosas de los místicos y trovadores, pero sobre todo, tapiz extendido en forma de palio y apoyado en el afincamiento de las convicciones dogmáticas del pueblo teólogo, de la Eucaristía, cuando en las plazas caía de rodillas admirado de los Autos Sacramentales de Calderón, como cae de rodillas hoy al paso triunfal de la Custodia en el día del Corpus.

Después de dos siglos largos de extravíos, España se ha dado cuenta que volviéndose hacia ti, Señora, ha encontrado de nuevo el camino histórico de sus jornadas imperiales, y esta peregrinación es una rogativa nacional, que significa un paso adelante en el amanecer venturoso del pueblo español que, como todos los pueblos de la tierra, empiezan a caminar guiados por un bardo y un Caudillo, pero ninguno como el nuestro, que para reanudar la historia de España ha visto pulsar la lira olvidada del romancero español, flamear la bandera de Cristo como en los días de las Cruzadas. Queremos ir a ti, Madre nuestra de los Milagros, porque tú eres el camino seguro para llegar a Jesucristo y a la próxima victoria de la España Cristiana.

Este es el pensamiento a exponer ante vuestra benévola atención; arrodillémonos ante María, que es trono de Sabiduría, y con toda la fe de nuestra alma y el cariño de nuestro corazón, recemos un Avemaría.

In te speraverunt patres nostri et liberasti eos. Ps. 21, vers. 5.°

Excmo. y Rvdmo. Sr.

Ilmos. Sres. y hermanos míos en Jesucristo :

Vocación Mariana de España, Imperio y Baptisterio...

En el corazón de España, como en un foco principal, se concentran el amor a María y el amor a la Patria, porque vienen del infinito, como rayos de luz venidos del cielo para inflamar el alma nacional.

Mirad a nuestra reina en su trono, que brilla como ascua de oro, con guirnaldas de flores y escoltada de trofeos militares; es nuestra madre, más bella que un serafín, de ternura virginal, delicada como una flor, suave como el suspiro de un niño. Es una azucena, que el sol que lleva en sus brazos ha tornado morena... La Virgen de los Milagros.

Más impresiona la belleza de esta mujer que toda la hermosura del universo; la humanidad, que antes caía de rodillas para adorar las estrellas del firmamento, se siente ahora arrebatada por la belleza increíble: María, vestida del sol, con diadema de estrellas en su frente, corazón de Madre más puro que la nieve del Moncayo, y en sus labios, cáliz de esencias, la sonrisa hecha flor. En la claridad de sus ojos, quedó cautiva, como en un espejo, la mirada de Dios. Éste la asoció a su divino linaje. ¡Toda hermosa eres, María, y no hay en Ti mancha alguna!, decía hace un momento el fuerte rumor de las olas de peregrinos, que desde la aurora se suceden sin cesar.

«Toda la belleza de Jesucristo, de Ti la tomó, porque copió su cara de la tuya; sus ojos de tus ojos, y sus labios de tus labios, y su corazón de tu corazón. ¡Eres su Madre! Más nos acerca a Dios una mirada de sus ojos, que la contemplación del universo; más nos

atrae la ternura maternal de su corazón purísimo, que la belleza de todas las cosas; acercarnos a María es acercarnos a Dios; amar a María es vivir en Dios. Por eso el magnetismo del corazón cristiano es tan dulce y maternal, porque lleva a Dios, por medio de la Virgen, toda hermosura».

Ella ha sido el camino de las jornadas imperiales de España, el camino que nos volverá a Jesucristo y que nos volverá a la victoria.

La Santísima Virgen nos trajo del cielo el Santo Pilar, que fué el mojón que separó en la España romana a la primera comunidad cristiana del resto del paganismo y el lindero de aquella sementera de la fe cristiana comenzada por el Apóstol Santiago, bajo la dirección de María, donde bien pronto cortarían sus palmas de triunfo los innumerables mártires zaragozanos, desterrados y perseguidos muchísimos de ellos hasta esta ciudad de Agreda, donde derramaron su sangre, sacrificados por Daciano, después de haber dedicado un altar a la Santísima Virgen, cuya imagen habían traído de Zaragoza, llamada, por este motivo, Nuestra Señora de los Mártires.

Aquí empieza nuestra grandeza, desde el momento en que España se abraza a la Cruz y acepta de las manos de María la misión redentora de enseñar a rezar al mundo después de haberlo aprendido de sus dulces labios maternales, sobre todo al volver a encontrar a María, como la buscamos hoy, en los albores de la Reconquista, en Covadonga, Ribagorza, Sobrarbe y Ripoll, pues en todos ellos y en otros más fué mecida la cuna de la Patria por la Santísima Virgen, al compás de la dulce salmodia de los monjes y los vibrantes clarines de la guerra y trepidar de los tambores.

Difícil es colocar piedras milenarias que recuerden estas jornadas de Reconquista y de Redención, porque España ha sido siempre un ejército de cruzados y de misioneros, el Baptisterio de todas las razas, y las aguas de sus ríos, si toman color de púrpura al entrar en la imperial Toledo, nuestro río es allí, sobre todo, el Jordán, donde fué purificado de la mácula de la herejía el rey visigodo con su pueblo, obrándose el milagro de la primera catolicidad en la península, por señalarles a todos la religión cristiana igualdad de destino ante Dios y ante la ley, en el «*Liber Judiciorum*». Fueron los Prelados del Tercer Concilio Toledano, los padres de aquella otra dinastía de teólogos que siglos más tarde habían de proclamar en Trento que a

todos se nos concede la gracia para salvarnos, que la catolicidad alcanza por igual a los millones de indígenas de los nuevos continentes descubiertos y concedidos a España por la Providencia, para llevarlos a la redención de Jesucristo, ejecutando de esta manera el Concilio el testamento de la gran reina y madre de España, Isabel la Católica, que decía: «Era el principal fin de la pacificación de las Indias, la Evangelización de sus habitantes, para lo cual recomienda al Rey D. Fernando y sus descendientes que se les diera el mejor trato», confirmando así la creencia presentida en la unidad del género humano: que todos los hombres podían salvarse; y esta convicción íntima nos llenaba, después de haber descubierto la unidad física del globo, escribiendo así España la primera página de la Historia Universal, completamente suya, pergamino glorioso de su catolicidad, como hoja desprendida de los Santos Evangelios. Y la voz angélica de sus misioneros rasga los aires con este mensaje de fraternidad y de amor no comprendidos, proclamando la unidad de la familia humana, que llama a Dios padre. Roma logró hacer prisioneros a los dioses de todos los pueblos conquistados, y los entronizó en el Capitolio como una medida, más política que religiosa; pero la nación creadora del derecho, no pudo imaginar nunca la igualdad de los hombres ante Dios y ante la ley, dejando fuera de la protección de ésta a la mayor parte de sus subordinados. Junto a las desigualdades irritantes de *Quirites y los optimo jure civis*, sólo la presencia amparadora y equitativa del *Pretor Peregrinus* puede recordar a los forasteros de Roma, que para ella no son ellos una servidumbre más, como los esclavos. El edicto del Pretor de la igualdad humana, y de la común paternidad en Dios, había de ser inspirado por el amor de Cristo, y es el Apóstol el que dice al mundo en los albores de la Iglesia, que no hay diferencia entre hombre libre y hombre esclavo, entre el ciudadano romano y el hombre bárbaro. Así llamaba Roma a los pueblos que no había conquistado.

Pero la Patria, destinada por la Providencia para ser madre de veinte pueblos y lograrlos a todos para la civilización cristiana, la que se ha hecho la encontradiza en todas las cuestas quebradas de historia, con los pies sangrantes y cargada con la cruz de la redención del mundo, perdió su estrella orientadora fascinada por los

modos del siglo XVIII, que fueron el cortejo deslumbrante de una dinastía venida de fuera.

Los siniestros destinos que habían de echar unas palas de tierra al espíritu legendario del Romancero y dejar abierta la herida por donde se derramase toda la esencia intelectual y afectiva del Renacimiento, atormentaron en lontananza la fina sensibilidad de la venerable Sor María de Jesús de Agreda, en aquellas memorables cartas escritas a Felipe IV, en las que demostró su talento político, tan preclaro para el buen gobierno de las cosas humanas, como subido para las divinas de la mística ciudad de Dios. «Opóngase, le decía al monarca, a los franceses y pelee contra los herejes pidiendo asistencia al Altísimo y que confunda los designios de tan terribles adversarios». Y en otro lugar: «Quién pudiera a costa de mi sangre desvanecer los designios de los *herejes* de Inglaterra y de Francia...»

La venerable Madre, la gran consejera de reyes, cifraba sus éxitos deseados, y logró, por lo menos, el aplazamiento de los fatales infortunios, en la profunda devoción que España tenía a la Santísima Virgen, presintiendo y jurando solemnemente defender la pureza inmaculada de María, cuando todavía estaba lejos su definición dogmática, haciendo así honor a la tradición recibida de sus mayores.

También el soberano lo comprendió así cuando escribía a Sor María: «Muy viva anda estos días aquella devoción de la Concepción Purísima de María, pues estando juntos los capítulos de las tres Órdenes Militares, han hecho juramento y voto de defender la pureza de su Purísima e Inmaculada Concepción; yo hice, y lo hice en mi capilla, en presencia de la de Santiago. *Espero* que éste ha de ser el medio más poderoso para que su hijo bendito nos ayude en las ocasiones presentes».

María había sido siempre el camino de las jornadas imperiales de España; tenía motivos para creerlo así aquel monarca, digno de mejor suerte, sentado en el trono de Castilla, que era el trono más alto del mundo. Hoy, los motivos los tenemos nosotros para soñar en grandeza tanta, porque arrepentidos de la prodigalidad de nuestros extravíos históricos, hemos encontrado a Dios, que es nuestro Padre, que nos ha echado los brazos al cuello para abrazarnos y nos ha devuelto la misión sublime que habíamos olvidado de salvar al mundo, después de haber apacentado como esclavos del látigo de Rusia

todos los bajos instintos del marxismo, para nuestra vergüenza y vilipendio.

María es el camino que nos ha vuelto a Dios, camino de grandeza, que termina en el trono del Altísimo. Mojón gigante de ese camino triunfal, continúa siendo el Moncayo en los días difíciles de esta segunda Reconquista de España, como lo fuera en los de la primera.

Cuando era Castilla toda una Alcaldía
Maguer que era pobre.....
.....
De una Alcaldía pobre ficiéronla Condado
Formáronla después cabeza de reinado.

¡Moncayo, trono de María y grito de victoria!

Moncayo, sierra y altar de anchurosos manteles de nieve a los vientos desplegados, parece convidar a estos pueblos indómitos a yantar el pan de la libertad y de la justicia, por las que luchan en esta cruenta guerra. Moncayo, sierra y altar: armiño del Cordero sin mancha, sacrificado para traer la paz a los hombres de buena voluntad. Tú guardas en las entrañas el trigo dormido y cubierto de nieve, con el respeto santo y fecundo de aquel trigo eucarístico escondido en el seno virginal, oculto pudorosamente bajo los velos divinos del misterio del amor. Tú eres el trono adonde baja la Majestad de Dios en alas de los vientos huracanados, y los bosques se inclinan reverentes al escuchar el trueno de la voz creadora. Así desde tus cumbres, adonde voló luciendo la más bella pluma de la lengua castellana, se asomó a la mística ciudad de Dios la venerable Sor María de Jesús de Agreda.

Moncayo, sierra y altar, apoyas en tus gradas de esmeralda a la Reina de los cielos, la Virgen de los Milagros, y respaldas a manera de barroco retablo de frondosa talla dorada por el sol y aromatizada por la resina y el incienso de tus bosques sagrados.

Tú eres el viejo soldado de España que viste arder los muros heroicos de Numancia, que hicieron enmudecer a Roma, como presencias ahora, impávido, la gesta que está haciendo enmudecer al mundo. Tú despediste a los reyes victoriosos de las Navas, y pasaste

revista a los ejércitos de Castilla, Navarra y Aragón, tan gloriosos entonces, como lo fueran más tarde, capitaneados por Alfonso el Onceno y el Arzobispo toledano Gil de Albornoz, en la batalla del Salado, aquel rey que, entrando en las filas enemigas, lanza en ristre, gritaba valiente a los suyos, y señalando a los moros, «Feridles, feridles, que soy el Rey Don Alfonso de Castilla y de León, et hoy veré quienes son mis vasallos, y verán ellos quien soy yo», concediéndole la Santísima Virgen la victoria y la honra que hoy a muchos españoles espera : la de morir, si fuese necesario, como murió aquel rey, sitiando a Gibraltar.

Moncayo, sierra y altar. En los días grises de invierno, adivinaba tu pena al ver tu rostro enlutado por la niebla; pero tu cabeza blanca de patriarca, aparece hoy coronada por el azul del firmamento, y por tus miembros sarmentosos sientes correr la alegría sana y retozona de la sangre moza por el despertar jubiloso de una guerra heroica y justa, como aquella otra, cuando enviaste a luchar tus hijos contra el francés...

Ellos han libertado a tus viejos aliados de Vizcaya, los Gorbea, Urquiola, los Inchortas, el Sollube y otros más, antes prisioneros de la barbarie roja y de la perfidia separatista.

Montes de Vizcaya ¡Saludad al Moncayo, que es vuestro libertador! ¡Saludad a este noble soldado que está salvando a España entera! Extended vuestros brazos, y con la emoción del patriarca que bendice llorando a su posteridad. bendecid a los soldados que ofrendaron su vida por vosotros. Vosotros los conocéis, son los héroes de la tradición española; los nietos de aquellos viejos soldados, que más afortunados, ven ahora prosperar, satisfechos, el recurso supremo de la fuerza al servicio de Dios y de España.

Egregios prisioneros de Vizcaya : Proclamad, en aire de romance, con el rumor sincero y religioso de las brisas de vuestros bosques sagrados y legendarios, el valor sin igual del Moncayo que, como el hidalgo de la Mancha, después de haber batido en singular combate al gallardo vizcaíno, generosamente le perdonó la vida, pero con la condición de que el vencido había de ir al lugar del Toboso a presentarse a la dama de sus pensamientos, para que ésta hiciese de él lo que fuere de su voluntad. El Moncayo también perdona, generoso, a los gigantes montes vizcaínos, batidos en singular combate, y en

pago de su rescate, quiere que se presenten, rendidos, ante la soberanía de España, que es la dama de sus pensamientos, y ésta os mandará que caigáis de rodillas ante la Virgen de los Milagros, en este día de rogativa nacional...

Sinfonía religiosa y heroica

La religión perece antes por la corrupción que por la violencia. Esta fué la que amoraló, con toda clase de vejaciones, el cuerpo de España, y sin pretenderlo resucitó las virtudes heroicas de una raza para la que eran todos los mueras... Han resucitado todos los héroes de la leyenda para los que se escribieron las severas Ordenanzas de las Partidas, que decían: «El Alcaide de una fortaleza, antes de rendirla debe cortar en trozos a su hijo y comerlo con los demás defensores». Bárbara exageración, con que se quiso expresar el heroísmo, alcanzando un ejemplo vivo en Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, en 1294, y ahora en el invicto general Moscardó, Alcaide perpetuo del Alcázar de Toledo... Castillo y monasterio, materna entraña escondida en la piedra viva, donde tiene su nido de águila la gran infantería española, no igualada todavía por ninguna otra del mundo; castillo y monasterio, cuyos soldados, curtidos por el ayuno y la disciplina militar, defendían las rotas almenas con la fe que el anacoreta espera en su gruta abierta en la roca la luz de los consuelos divinos al triunfar de sus pasiones.

¡Dramática sinfonía del Alcázar, integrada por ayes del soldado, que siente desgarrarse sus carnes, cuando caen derribadas las torres de la fortaleza!; los estampidos de cañón, que tienen acordes de tempestad; fogonazos de la pólvora y lluvia hirviente de metralla; el trepidar de las paredes y de los pisos, que parecen hundirse como un acorazado cuando el torpedo atraviesa sus vértebras, que le convierte en un volcán de fuego en medio del mar. Sinfonía de catacumba cristiana, cuando oyes rezar el Santo Rosario de María a los invictos defensores, a las mujeres y a los niños, pidiendo la victoria y la paz para los hombres de buena voluntad. Sinfonía que termina, al levantar su brazo el héroe de la tragedia, al aparecer entre las ruinas humeantes de aquel proscenio griego que sorprende al mundo.

Corre por la misma ara de sacrificio la sangre de su hijo, inmolado

por Cristo y por España, y la sangre del primer prebendado de Toledo y aquel galán de la amargura, poderoso atlante del Alcázar y de su gloria, exclama como un castellano leal :

Hola, hidalgos y escuderos
de mi casa y mi blasón,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pro.

Esas puertas se defiendan,
que no ha de entrar, vive Dios,
por ellas, quien no estuviere,
más limpio que lo está el sol.

No profane mi palacio
un fementido traidor,
que contra Dios combate
y que a su Patria vendió.

Excmo. Sr. General Moscardó

Y con el brazo levantado, esperará erguido como una torre de homenaje que no ha podido batir el marxismo, para saludar al Caudillo que, al frente de sus tropas, viene a admirar aquella lección de heroísmo que comienza con estas palabras, dignas del Mío Cid : «A la Orden, mi General; sin novedad en el Alcázar...»

Estos son los hombres de la nueva España, que siente ya clarear el día de la victoria, anunciada por el rosicler de la alborada de sangre de tantos mártires. Legión de soldados de Cristo y de la Patria, como tantos millares de sacerdotes, religiosos y paisanos, sacrificados al grito de ¡Viva Cristo Rey!

Hidalgos y mártires

Tengo el honor de predicar con este glorioso hábito de Santo Domingo de Guzmán, el inspirado bardo de María, el gran español que, con el Santo Rosario, enseñó a rezar al mundo. Este hábito blanco, que los Dominicos han santificado al sentarse en la silla de San Pedro, al escribir la Suma Teológica, o al predicar el sermón del juicio final, han ornado ahora, como rubíes de sangre en España, cerca de doscientos religiosos y no pocas Hermanas, para continuar

la legión de millares de mártires Dominicos que por todo el mundo han ofrecido sus vidas por Jesucristo.

Repito que me cabe este honor, porque algunos de esos mártires son hijos de mi convento de Valencia, compañeros míos en la cárcel. Aquel príncipe de la oratoria contemporánea, el elocuentísimo Padre Fray Luis Urbano, que muere en Valencia, arrodillado, con los brazos en cruz, después de haber bendecido a sus verdugos, mirando al cielo en espera del perdón que ha pedido para sus enemigos. Otro insigne orador, cuyo cuerpo es partido en pedacitos con el hacha, en el Cabo Quilates, mereciendo la clase de martirio que para sí pedía tantas veces con insistencia nuestro Padre Santo Domingo, cuando era perseguido por los herejes albigenses.

El valor de otro religioso Dominico, hijo de Alfaro, profesor eximio del Seminario de Tarazona, tan querido de sus inolvidables compañeros de sacerdocio, que al ser prendido en su Convento de Calanda, confiesa, lleno de serenidad y en tono tan festivo como peculiar: «Soy católico, apostólico, romano; soy sacerdote y dominico. ¿Queréis saber algo más?» Sus antiguos discípulos y compañeros de esta Diócesis saben que el Padre Tirso Manrique tuvo siempre, delante de sus ojos, la gran ilusión de morir mártir por Jesucristo.

Ofrenda española

Vamos a terminar esta mezcla de oración patriótica y de panegírico cariñoso a la Santísima Virgen de los Milagros, en este día de rogativa, que por su éxito merece llamarse nacional. En este momento quisiera ofrecer a la Santísima Virgen un homenaje que fuese como un policromo ramillete de todas las devociones marianas de España. Volemos, con nuestro espíritu, con la decisión y majestad que lo hacen todos los días nuestras águilas imperiales, y sobre los picos férreos de Asturias, descubramos, entre los cimientos de la profanada basílica de Covadonga, la piedra angular de la nueva Patria de Pelayo; copiemos las filigranas del pórtico de la Gloria de la catedral compostelana, y la mirada siempre puesta en el horizonte de Galicia, dulce y pensativa, copiemos los calados de las torres góticas de Burgos y la espiritualidad de las líneas de la catedral de León, esbelta, vaporosa y devota, como la Anunciación de Fr. Angélico...

Los acerados filos de la sierra benedictina de Montserrat, innumerable falange de espadas de los gigantes encantados que presentan armas ante su Reina y Señora, cuando ante su cámara imperial se oyen los líricos acordes de Virolay. El manto de las ochenta mil perlas de la Virgen toledana del Sagrario y los ramos de nardos, de claveles y rosas de los jardines valencianos, en la fiesta en que las floristas dedican a su Patrona la Virgen de los Desamparados; las plegarias del Oficio Parvo de los Hermanitos de la Luz, cuando al rayar el día saludan como ruiseñores en la ribera del Segura a la Virgen de Fuensanta... la tonalidad caprichosa del jaspe del expositorio de la Cartuja granadina, los reflejos dorados del cimborrio de su catedral, los zócalos del Generalife y el soberbio camarín de la Virgen de las Angustias; los vivos contrastes de aquella tierra de nieve y de sol, de pobreza y de riqueza, de alegría nacional y de hondos pesares, tan bellamente expresados en las pinturas y tallas de las vírgenes sevillanas. Las saetas encendidas de amor y salidas del corazón para quedar prendidas, como rojos claveles, del manto bordado de la Macarena; la gracia gitana y sin par de la Virgen cacereña de la Montaña, sentida por el pueblo, mejor todavía que lo pudo cantar Gabriel y Galán... El bronce sonoro de las rizadas torres zaragozanas, templado en las aguas que murmura el nombre y las leyendas de España, recordando la hora dichosa de la soberana visita de la Santísima Virgen del Pilar a Zaragoza. Policromía de devociones marianas españolas, que no acabaría de describir en todo el día, y con las que yo quisiera construir un soberbio retablo en la cumbre del Moncayo, como una mesa-altar, para entronizar allí a la Virgen de los Milagros, y que todos los pueblos de España la contemplasen con la misma emoción que lo estamos haciendo ahora nosotros en esta rogativa nacional, para pedirle que sea Ella la que dirija siempre nuestros ejércitos como estrella de victoria, y que en estos momentos en que el mundo entero tiene puesta su mirada en el norte de España, la virtud poderosa de la Virgen de los Milagros mantenga el gesto imperial de nuestros jefes, que al frente de sus columnas, como los capitanes de navío en su puente, están saludando ya con la bandera roja y gualda, exigiendo paso para entrar triunfalmente en la ría de Bilbao...

Plegaria

Todos postrados ante la Virgen de los Milagros, pidamos la victoria completa sobre nuestros enemigos. ¡Oh María! El marxismo quiere apoderarse de España. Ha profanado ya tus templos, y los ha incendiado, con las imágenes de tu Hijo, la tuya y las de tus Santos. Los cadáveres de tus siervos los han arrojado por los caminos, y sus carnes, después del tormento, han sido devoradas por las fieras de los parques y las aves de rapiña. Nuestros hermanos en la fe, son en la España roja objeto de todos los oprobios y del escarnio. Pregúntale a tu Hijo, a su adorable corazón, hasta cuándo durará su implacable enojo. ¡Descarga, Señor, tu ira sobre los pueblos que no quieren conocerte y te niegan hasta la existencia! ¡Señor, no te acuerdes de nuestras antiguas maldades; que llueva enseguida sobre nosotros el rocío de tu misericordia, pues nuestros hermanos en la fe se hallan reducidos a una extrema miseria! ¡Ayúdanos, Señor!, y por la gloria de tu nombre líbranos, perdona nuestros pecados por tu amor. Que no se diga entre los ateos y masones: ¿Dónde está el Dios de los católicos? Que veamos nosotros la venganza que tomas por la sangre de tus siervos que ha sido derramada.

Lleguen hasta tu trono los gemidos de tantos miles de encarcelados, y salva a los millares de huérfanos de los que han sufrido el martirio por confesar tu nombre glorioso con el de España. Entretanto, nosotros, pueblo tuyo y ovejas de tu grey, cantaremos para siempre tus alabanzas. Te lo pedimos, Señor, por intercesión de vuestra Madre Santísima la Virgen de los Milagros. Castilla, Aragón, Navarra y Rioja, y con ellas España entera, piden la victoria pronta y definitiva; pedídselo sobre todo Vos, Ungido del Señor, hijo del ilustre Serafín de Asís, que tenéis la gravedad y el celo de aquellos grandes prelados de los Concilios toledanos, al subir al altar para ofrecer la víctima propiciatoria; levantad vuestros brazos, como lo hacía Moisés, para asegurar el triunfo de nuestras armas que luchan por Jehová, para que sea España el pueblo escogido que salve después al mundo por medio de la Cruz en sus jornadas imperiales por Dios y por la Patria. Así sea.

¡¡ROMEROS!!

¡Calmad vuestro espíritu! ¡Avivad la fe!

Nuestra Patrona, la Virgen de los Milagros, dentro de muy pocas horas saldrá triunfalmente a la calle. Decidle que España entera ansía ya la Paz y la Victoria.

¡Viva la Virgen de los Milagros! ¡Viva España!

GRATA VISITA

No serían las tres de la tarde; imposible, materialmente, dar un paso sin tropezar. Miles de almas por las calles; bajo los copudos árboles del paseo del Intendente, la tierra, aterciopelada de verdor, semeja un tapiz, donde se trenzan idilios rústicos. ¡Magnífico aspecto! ¡Día de campo para los romeros!

Allí se devoran las viandas después de la «dura» jornada de esta mañana. Un árbol; a sus pies, sentados, una familia, unos amigos, satisfaciendo sus funciones nutritivas de clásica manera; cientos de árboles y cientos de familias o amigos. Todos devotos de la Virgen; aquí se comenta el magnífico sermón del P. Montserrat. Allá, el elemento joven, con su inseparable buen humor, procura divertirse; este grupo de viejos prodigan alabanzas a los actos de la tarde. Este es el tema preponderante y, desde luego, único. Más tarde, los cafés atestados de gente.

Y sirviendo de sorpresa al público, a las 5'15 de la tarde, un magnífico coche, precedido de dos motoristas, llegó a las puertas

del templo mariano. Alguien ha conocido su faz y cuchichea a los alrededores: «El general Moscardó». Otros muchos han necesitado satisfacer su instinto de curiosidad acercándose a los cristales, y han prorrumpido en fuerte ovación; el héroe de Toledo, desde el interior del coche, saluda cariñosamente a las dos interminables filas, que en un instante se alargan hasta la puerta del Ayuntamiento.

Entra en la plaza, y la multitud, frenética, da rienda suelta a su admiración por tan grata visita, gritando con toda su fuerza: ¡Viva el general Moscardó! ¡Viva la Virgen de los Milagros!, y otros vítores de la misma naturaleza, pronunciados con idéntica y honda emoción.

Ya tenemos dos huéspedes de honor: El Ilmo. Sr. Obispo de Docimea, y el heroico General Moscardó. Ambos presidirán el grandioso cortejo que muy en breve va a comenzar.

Himno a nuestra Patrona, María Santísima de los Milagros, solicitando su ayuda en la presente aflicción española

MÚSICA:
Jiménez y Beltrán

LETRA:
A. Pelairea

CORO

Para Vos, Reina del Cielo,
Señora la más hermosa,
Madre de todo consuelo,
Virgen Santa Milagrosa.

Hoy suena nuestra canción
en la tierra castellana,
pidiendo la protección
de tu ayuda soberana.

PRIMERA ESTROFA

Porque nos des cada día
salud en la enfermedad,
agua fresca en la sequía
y en la discordia, hermandad.

Y seas brillante faro
de caridad y de amor,
del pobre y del triste amparo
y sosiego en el dolor.

CORO

Hoy suena nuestra canción
en la tierra castellana,
pidiendo la protección
de tu ayuda soberana.

SEGUNDA ESTROFA

Porque a tus hijos, que fueron,
por Dios y Patria a luchar,
los guardes, como pidieron,
de rodillas en tu altar.

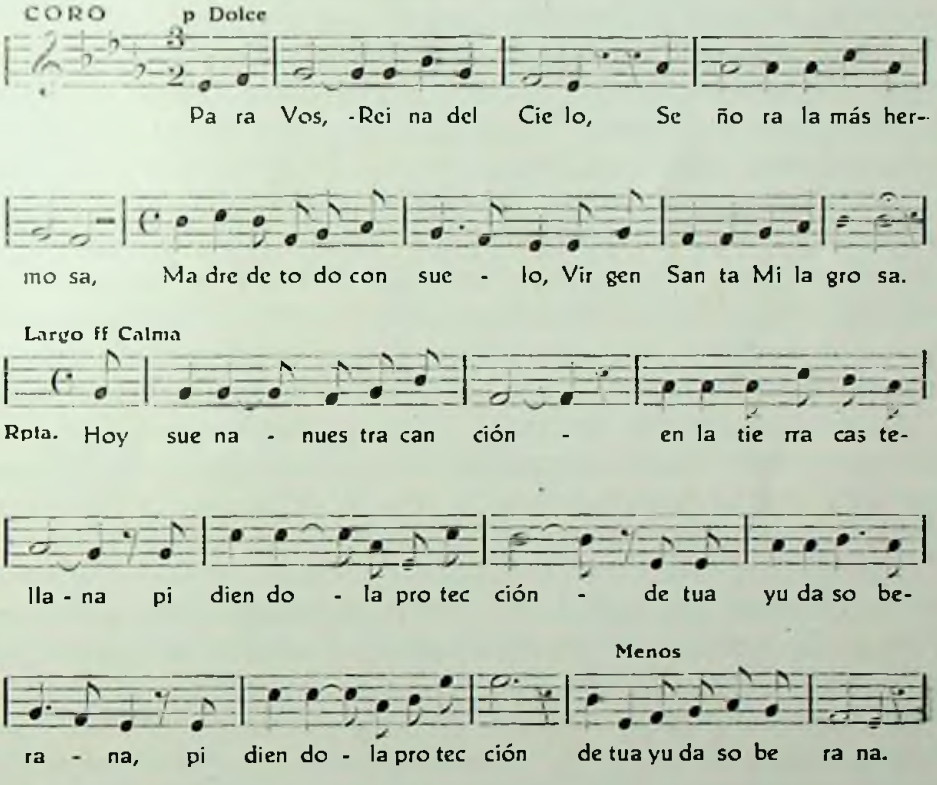
Y des fin a la campaña
con tu celestial poder,
siendo en el triunfo de ESPAÑA
la luz de su amanecer.

CORO

Hoy suena nuestra canción...

HIMNO

a Nuestra Señora de los Milagros



EVOCACIÓN.....

Veintinueve mayo y 1937. Agreda y la fiesta de su Patrona. Día señalado para la peregrinación anunciada. No podemos guardar silencio después del extraordinario acontecimiento que ha escrito con letras de oro esta villa agredana en su gloriosa historia.

¡La Virgen por las calles! ¡Madre mía! ¡Nuestra reina, la de los hijos de Agreda y su tierra, recorriendo nuestro pueblo! ¡La Virgen de los Milagros fuera de su trono...!

¡Ah! ¿Qué significa todo esto? La respuesta queda para los millares de devotos que, enloquecidos por su amor a la Virgen, presenciaron el espectáculo del sábado, el más grande quizá de nuestra vida.

Contesten las madres agredanas, esas trescientas madres de otros trescientos soldados, que separadas de algo muy querido, sus propios hijos, lloraban su ausencia a la par que le decían: ¡Madre, sálvalo!

Contesten aquellas madres navarras, aragonesas o riojanas, aquellas esposas enlutadas, aquellas manos suplicantes que, delante de su altar, no os abandonaron un solo momento en el transcurso del día.

Contesten esos ancianos y ancianas, hombres, mujeres y niños, que abandonando sus familias, o las familias abandonando sus casas, salvan distancias de más y más kilómetros con los pies desnudos, en ofrecimiento, perdón o penitencia.

Ellos os contestarán mejor que yo. Ellos sabrán explicaros —no con la lengua, pues es difícil— con el corazón, el significado de esa Virgen fuera de su trono y en hombros de sacerdotes agredanos.

Sí; la Virgen de los Milagros por las calles. Y por las calles, lágrimas, emoción, aplausos. Y en las lágrimas, súplicas. En los aplausos, amor. Unos y otros envueltos en oraciones para los que luchan en los campos de batalla.

¡Que acabe la guerra, Señora!, os decían desde lo último de su alma, más de once mil fieles que vinieron a postrarse a vuestros pies. Y la Virgen oía esas súplicas tan necesarias para nuestra Patria.

Consolasteis aquellas madres, esposas o novias, que os pedían suerte, mucha suerte para sus seres queridos.

No os faltó una mirada de esperanza para aquellos enfermos que, con los ojos bañados en lágrimas, solicitaban de vuestro corazón maternal la salud corporal. ¡Cómo os lo agradecieron, Señora! No los olvidéis, son vuestros hijos.

Sí; la alegría y el dolor de veros pasar bajo nuestros triunfales arcos, se manifestaban en once mil rostros. Lloraban todos. Lloraban los sacerdotes al tomaros sobre los hombros. El ilustre y laureado general Moscardó, «el león fiero que defendió el Alcázar», como niño lloraría a vuestros pies. «Vos, Señora, sois testigo —os dijo el Ilustrísimo Sr. Obispo de Docimea—, de que repetidas veces he sacado el pañuelo para enjugar mis lágrimas, en los cuadros conmovedores que se han presentado ante mis ojos.

Lloraban todos, sin excepción de clases ni edad, para pediros la pronta y feliz terminación de la guerra. Pero Ella sonreía desde su trono, tendiendo a todos sus manos misericordiosas y consoladoras... ¡Bendita seas, Señora!

CRÓNICA DE LA PROCESIÓN

Una hora antes de la señalada para la procesión, era poco menos que imposible entrar en el grandioso templo de los Milagros. La Sagrada Imagen había sido retirada al efecto de su camarín y trasladada a una habitación contigua. A las cuatro y media de la tarde, hora en que estaban reunidas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares de la provincia y los 16 pueblos, se procedió al traslado procesional. La Sagrada Imagen —que había permanecido invisible desde la una de la tarde— había de salir a la iglesia por la sacristía. Esta fué la causa de que a sus puertas se abarrotasen algunos millares de personas.

Abiertas las puertas de la habitación que contenía la Virgen, fué tomada en hombros, en medio de la mayor emoción, por sus ilustres

y fervientes devotos don Joaquín de Cereceda, don Moisés Calvo, don Pedro Casado y don Juan Antón Pacheco, designados por el primero, en representación del señor marqués de Velamazán, para sacar la Santa Imagen hasta las puertas del templo.

Al abrir las puertas de la sacristía para sacar a la iglesia la Virgen de los Milagros, tuvo lugar uno de los espectáculos más emocionantes : dentro de la iglesia, unas seis mil almas, cuando aparece la Virgen, como movidas por un resorte, estallaron en una estruendosa ovación a su Reina, a la par que la Banda Municipal de Zaragoza y el órgano entonaban el himno nacional; momentos después cesaron los aplausos, y la iglesia era un sollozo continuo, que subía al cielo mezclado con los acordes del Himno Nacional.

Fué preciso desalojar la mayoría del templo para llevar la Imagen hasta el pórtico. Una vez allí, se leyó y firmó el acta notarial, extendida por don Manuel Guijarro y Merás, notario de Soria, en la que consta que el señor marqués de Velamazán, representado por el ilustre hijo de esta villa, don Joaquín de Cereceda y Mauleón, entrega la milagrosa Imagen al M. I. Ayuntamiento de esta villa y al Reverendo Párroco de dicha iglesia.

En aquel momento, la Virgen de los Milagros fué cogida por cuatro sacerdotes agredanos —condición necesaria—, y salió a la calle, siendo recibida por una inmensa multitud que aplaudía y vitoreaba a su Imagen sin cesar. Las Bandas Municipales de Zaragoza, Olvega y Agreda, recibiéronla nuevamente con el himno nacional, que no se dejó oír ante la intensidad de los aplausos. La Virgen de los Milagros se detuvo unos minutos en la puerta, como para saludar a todos. Al fin, los aplausos cedieron; los ojos llenáronse de lágrimas y nuevamente pudimos oír los acordes de la Marcha Granadera.

La multitud —enloquecida si cabe—, agolpábase por besar a la Imagen. Pero como los gemidos aumentaban, ella derramó una mirada misericordiosa, y poco a poco marcharon los romeros en perfecto orden por las calles.

Ya la Virgen fuera de su iglesia, la vimos escoltada por seis miembros de la F. E. T y de las J. O. N. S. local y tres guardias civiles, rodeada de numerosos sacerdotes.

Marchaban por delante las milicias de Flechas, 19 pendones y 36

estandartes, más diversas banderas. Comisiones del Cabildo, gran número de sacerdotes y la muy venerada Virgen de los Milagros. Presidían el Ilmo. Sr. Obispo Dr. Pamplona, acompañado de los párrocos de esta villa, señores Canónigos de Tarazona, con traje de gala, comandante de la Guardia Civil de Soria, jefe provincial de F. E. T. y de las J. O. N. S. y el laureado General Moscardó, acompañado de su Estado Mayor; señor alcalde de Agreda, don Esteban Sevillano, y M. I. Ayuntamiento. Cerraba tan grandioso cortejo la Banda Municipal de Zaragoza, yendo diseminadas en la procesión las de Agreda y Olvega.

Vista parcial de la procesión.—La Imagen de Nuestra Señora de los Milagros, a su paso por la Plaza Mayor

Las escenas que sin cesar se desarrollaron, eran imponentes. Por los bal-

cones, los pequeñuelos agredanos ¡cómo llorabant; sube a la calle de Cervantes, y es recibida la Reina de los cielos de una manera entusiasta; gran ovación.

Han sonado algunos rasgos de guitarra. La jota; han parado la Virgen y oímos las alegres melodias procedentes de un balcón. Poco después, la voz de la genial artista aragonesa vibraba en el aire, llenándolo todo de un poético y extraño misticismo. La jota, flor sentimental del pueblo, oída con fervor religioso :

Virgencica los Milagros,
te pido de corazón,
que salves de la anarquía
a mi querida nación.

Volvieron a preponderar los aplausos sobre las lágrimas, hasta que José Sierra cantó magistralmente también. Y mientras cantaban, infinidad de pañuelos, boinas y rosarios, besaban el hermoso manto de la Santa Imagen. ¡Con qué sentimiento fueron cantadas! La Virgen las oyó. ¿Cómo no? Y continuó hacia adelante.

Baja por la avenida de Primo de Rivera, que sale a la plaza de la Constitución. Al hacer su aparición en la plaza, donde se habían aglomerado millares de almas para presenciar su paso, un estentóreo y fuerte ¡Viva la Virgen de los Milagros!, continuado por una ensordecedora ovación, salió de aquellos miles de romeros. Aquí, la ovación dura largo rato. Y a medida que avanza la Virgen, un ¡ay! de terror o miedo, en realidad cariño, salía de aquellos corazones. El espectáculo era asombroso. Otra vez hizo reinar el silencio las cuerdas de la guitarra :

¡Oh Virgen de los Milagros!,
te saludo y te venero;
es mi jota una oración
que dice mucho te quiero.

Un cariñoso palmoteo premió estas jotas, interpretadas por los mismos artistas aragoneses.

En la plaza del Mercadal, ocurre algo parecido a lo de la plaza de la Constitución.

Nos llama la atención un cuadro conmovedor, entre las tristes

escenas que hemos presenciado : una madre y cinco hijos; el mayor, de diez años próximamente. El esposo en territorio no liberado. Entra la Virgen en esta plaza, y la ovación que suena se hace intensamente larga. Mientras, esta mujer se separa de sus hijos y corre a postrarse ante Ella. ¡Pensad en mis criaturas...! Pero aquellos cinco niños han seguido a su madre y se le han colgado al cuello, llorando amargamente. La Reina de la Misericordia parece haberla consolado, y aquella madre se retira con sus pequeñuelos.

La procesión se dirige a la Ermita del Barrio, y al pasar bajo la cárcel vemos el siguiente título : «Los presos imploran a la Virgen de los Milagros por la paz de España, y saludan a las autoridades». Y viene la Virgen. Bajo el soberbio edificio del palacio de los Castejones, en los lugares destinados para prisión, hay 55 hombres. Allí no hay aplausos. Muchos vítores a la Virgen, eso sí, y muchas más lágrimas. Cesaron los vítores y parecía haber dentro del edificio un lecho mortuorio.

La Excelsa Patrona se dirige a su templo. Va a llegar a la plazuela de la Iglesia, pero la multitud lo impide hasta pasado largo rato. Dios quiso que continuase. Vuelve a sonar el Himno Nacional, que es recibido por los romeros hincadas sus rodillas en el suelo y con el brazo extendido. Fué necesario volver la Santa Imagen hacia el pueblo, y entonces no sólo se lloraba : aquellos ánimos, exaltados por el amor a su Virgen, desahogaron sus sentimientos prorrumpiendo en fuertes gritos y sollozos. ¡Magnífica oración de despedida!

Sobre miles de rostros, miles de pañuelos enjugando lágrimas. Ahora más que nunca se acordaban de la guerra. ¡Madre, óyenos! El Ilmo. Sr. Obispo no pudo esconder su cara. Lloró. Y el sol, desde las alturas, comenzó a parpadear en el azul, lleno de emoción.

Se nubló la tarde. La Imagen entraba en el templo. Leída y firmada el acta, según la cual, el M. I. Ayuntamiento y el señor Párroco de esta iglesia devolvían la Virgen a don Joaquín de Cereceda y Mauleón, en representación del señor marqués de Velamazán, sólo fué cogida en hombros por los mismos señores que la sacaron, y al entrar por las puertas de la iglesia la Reina de Agreda y su tierra, un viva entusiasta se escapó de aquellos millares de pechos, que amaban llorando, con ímpetu irresistible del amor divino. El órgano y las bandas dejaron

cones, los pequeñuelos agredanos ¡cómo lloraban!; sube a la calle de Cervantes, y es recibida la Reina de los cielos de una manera entusiasta; gran ovación.

Han sonado algunos rasgos de guitarra. La jota; han parado la Virgen y oímos las alegres melodías procedentes de un balcón. Poco después, la voz de la genial artista aragonesa vibraba en el aire, llenándolo todo de un poético y extraño misticismo. La jota, flor sentimental del pueblo, oída con fervor religioso :

Virgencica los Milagros,
te pido de corazón,
que salves de la anarquía
a mi querida nación.

Volvieron a preponderar los aplausos sobre las lágrimas, hasta que José Sierra cantó magistralmente también. Y mientras cantaban, infinidad de pañuelos, boinas y rosarios, besaban el hermoso manto de la Santa Imagen. ¡Con qué sentimiento fueron cantadas! La Virgen las oyó. ¿Cómo no? Y continuó hacia adelante.

Baja por la avenida de Primo de Rivera, que sale a la plaza de la Constitución. Al hacer su aparición en la plaza, donde se habían aglomerado millares de almas para presenciar su paso, un estentóreo y fuerte ¡Viva la Virgen de los Milagros!, continuado por una ensordecedora ovación, salió de aquellos miles de romeros. Aquí, la ovación dura largo rato. Y a medida que avanza la Virgen, un ¡ay! de terror o miedo, en realidad cariño, salía de aquellos corazones. El espectáculo era asombroso. Otra vez hizo reinar el silencio las cuerdas de la guitarra :

¡Oh Virgen de los Milagros!,
te saludo y te venero;
es mi jota una oración
que dice mucho te quiero.

Un cariñoso palmoteo premió estas jotas, interpretadas por los mismos artistas aragoneses.

En la plaza del Mercadal, ocurre algo parecido a lo de la plaza de la Constitución.

Nos llama la atención un cuadro conmovedor, entre las tristes

escenas que hemos presenciado : una madre y cinco hijos; el mayor, de diez años próximamente. El esposo en territorio no liberado. Entra la Virgen en esta plaza, y la ovación que suena se hace intensamente larga. Mientras, esta mujer se separa de sus hijos y corre a postrarse ante Ella. ¡Pensad en mis criaturas...! Pero aquellos cinco niños han seguido a su madre y se le han colgado al cuello, llorando amargamente. La Reina de la Misericordia parece haberla consolado, y aquella madre se retira con sus pequeñuelos.

La procesión se dirige a la Ermita del Barrio, y al pasar bajo la cárcel vemos el siguiente título : «Los presos imploran a la Virgen de los Milagros por la paz de España, y saludan a las autoridades». Y viene la Virgen. Bajo el soberbio edificio del palacio de los Castejones, en los lugares destinados para prisión, hay 55 hombres. Allí no hay aplausos. Muchos vítores a la Virgen, eso sí, y muchas más lágrimas. Cesaron los vítores y parecía haber dentro del edificio un lecho mortuorio.

La Excelsa Patrona se dirige a su templo. Va a llegar a la plazuela de la Iglesia, pero la multitud lo impide hasta pasado largo rato. Dios quiso que continuase. Vuelve a sonar el Himno Nacional, que es recibido por los romeros hincadas sus rodillas en el suelo y con el brazo extendido. Fué necesario volver la Santa Imagen hacia el pueblo, y entonces no sólo se lloraba : aquellos ánimos, exaltados por el amor a su Virgen, desahogaron sus sentimientos prorrumpiendo en fuertes gritos y sollozos. ¡Magnífica oración de despedida!

Sobre miles de rostros, miles de pañuelos enjugando lágrimas. Ahora más que nunca se acordaban de la guerra. ¡Madre, óyenos! El Ilmo. Sr. Obispo no pudo esconder su cara. Lloró. Y el sol, desde las alturas, comenzó a parpadear en el azul, lleno de emoción.

Se nubló la tarde. La Imagen entraba en el templo. Leída y firmada el acta, según la cual, el M. I. Ayuntamiento y el señor Párroco de esta iglesia devolvían la Virgen a don Joaquín de Cereceda y Mauleón, en representación del señor marqués de Velamazán, sólo fué cogida en hombros por los mismos señores que la sacaron, y al entrar por las puertas de la iglesia la Reina de Agreda y su tierra, un viva entusiasta se escapó de aquellos millares de pechos, que amaban llorando, con ímpetu irresistible del amor divino. El órgano y las bandas dejaron

sonar por última vez el Himno Nacional, a la par que ofrecían la postrera oración a la Virgen de los Milagros.

Fué colocada, al efecto, sobre un templete, pasando bajo Ella todos los miles de peregrinos.

Seguidamente y para acabar el acto, el Ilmo. Sr. Obispo subió a la cátedra sagrada, para disertar improvisadamente acerca de la Virgen de los Milagros y el laureado General Moscardó.

No puedo describir la notabilísima plática que pronunció, y sólo me permitiré decir que fué, como todo lo que sale de labios tan autorizados, una oración sublime, frases en las que se admiraba su talento envidiable y profundo.

NOTA FINAL

Ya ha salido la Virgen. Ha salido y ha regresado nuevamente a su templo. No olvidaremos tan fácilmente estos momentos pasados.

Habéis dejado por unas horas vuestra celestial morada, ¡Madre mía!, para recorrer triunfalmente las calles de nuestro pueblo. Y lo habéis encontrado sufriendo las consecuencias y las angustias de una guerra que ha once meses atormenta al país. Sin embargo, vuestro maternal cariño, bien lo habéis manifestado. Sólo tres caídos en el curso de la lucha; sólo tres madres agredanas lloraban la pérdida de sus hijos, hoy mártires de la Santa Causa, que disfrutan de vuestra dulce compañía. Sus espíritus han estado aquí, presenciando vuestros desfiles de Reina desde sus balcones, junto a las madres que ya nunca volverán a ver. Gracias, Señora, por tan singular protección.

Gracias, también, en nombre de esos amigos enfermos, que consolados con vuestra dulcísima mirada, han vuelto nuevamente a su lecho, a sufrir los agobios de una enfermedad, si bien hoy están más animados, extraordinariamente más animados que nunca.

Gracias a ti, ilustre General, que para honra del mundo y de tu raza, supiste formar una muralla de pechos humanos tras los abatidos muros del Alcázar toledano.

Gracias, Ilmo. Sr. Obispo, que con vuestra presencia y magnífica exhortación habéis dotado de singular realce a la fiesta.

Gracias, en nombre de 17 pueblos, al noble clero agredano y al M. I. Ayuntamiento, cuya iniciativa de la salida procesional de la Virgen ha sido coronada por el éxito.

Sí, gracias a todos; y que ella derrame a manos llenas, sobre vosotros, sus reales beneficios.

Y vos, Señora, no nos abandonéis. Mirad que vuestra España no puede levantarse sola. ¿Acaso no ha corrido bastante sangre ya?

Victoria y Paz cercanas... eso han solicitado los once mil romeros. Y vos no podéis desatenderlos, no los desatenderéis. ¡Haced que se cumplan nuestras plegarias...!

Diez y siete estandartes —blanco y azul— símbolo de nuestros anhelos, darán a las generaciones venideras una idea de tan espléndida manifestación de fe.

¡¡VIVA SIEMPRE LA VIRGEN DE LOS MILAGROS!!

El ilustre General Moscardó y el Excmo. Sr. Obispo de Docimea, juntos con otras autoridades, que presidieron la grandiosa procesión

¿HASTA CUÁNDO?

¡¡Reina de los cielos, tierras y mares!! ¡¡Señora de los ejércitos!!
¡¡Madre de los afligidos!! ¡¡Emperatriz del mundo!!
¡¡Virgen de los Milagros; Madre mía!!

Ayer 29 de mayo. Hoy pasó el día, pero no sus recuerdos.

Con extraordinarias ansias os espera vuestro pueblo, para que nuevamente recorráis sus calles con aires de triunfo.

¿Descenderéis de vuestro trono el día en que la presente aflicción española termine con el triunfo de las armas nobles, para expresaros nuestro profundo agradecimiento?

¿Será, tal vez, en el año 1947, con motivo de cumplirse el sexto centenario de vuestra milagrosa aparición en aguas del Matachel?

Es probable que estas fechas nos hiciesen vivir un segundo 29 de mayo. Pero sólo el tiempo es el único capaz de resolvernos este problema.

Datos históricos de la Imagen de Nuestra Señora de los Milagros

(Según documentos que obran en el Archivo Parroquial)

Eran los tiempos luminosos y cristianos de la Edad Media. Corría el año 1547, y allí, en un prado de Extremadura, a orillas del río Matachel, encontrábase un pastorcillo que, con otros zagales, guardaba un ganado perteneciente a un noble y católico caballero, residente en Gracurris (Agreda).

Estos pastores observaron cierto día, que de las cristalinas aguas del Matachel, cual espejo que refleja los rayos solares, salían unos destellos luminosos, que no podían confundirse ni ser atribuídos a ilusión óptica, motivo que les indujo, así como a los habitantes de los pueblos cercanos, a descubrir el misterio o a inquirir la causa de tan prodigioso efecto; pero nada pudieron conseguir (sin duda, porque Dios se sirve, generalmente, para estas grandes obras, de humildes e inocentes criaturas, como aconteció con la aparición de la Virgen de Lourdes a la pobre Bernardita); y en efecto, en la segunda feria de la primera domínica, después de Pentecostés, entrada ya la noche, se aproximó nuestro joven a las orillas del río, y creyó ver una matrona sentada muy cerca de sí, visión que enseguida desapareció, hallando en su lugar una caja que encerraba la preciosa Imagen de la Santísima Virgen.

Lleno de respetuoso gozo, y llevado de un piadoso celo por el culto de la Virgen, sin contar con medios, ni con sus compañeros, ni reparar tampoco la distancia que lo separaba de Yanguas, de cuyo pueblo era natural, y confiando solamente en el patrocinio de su soberana mercancía, coloca sobre un jumento que allí pacía la miste-

riosa caja, y acto continuo se puso en camino, sobre las nueve de la noche; pero ¡cuál no sería su asombro al verse en las cercanías de Yanguas al declinar la tarde del día siguiente! Nueva sorpresa recibió al observar que no podía penetrar en su pueblo, porque a ello se oponía un río crecido que le cerraba el paso, y como comprendiese que no era allí donde la Virgen quería fijar su trono, se dirigió a Gracurris, donde llegó el día de la cuarta feria, o sea la víspera del Corpus, al mediodía.

Presentó a su amo la preciosa caja y le hizo relación del hallazgo; el buen caballero, pasmado a la vez que lleno de entusiasmo, reunió a su piadosa familia, y postrados todos con respeto sumo, descubrieron con la mayor devoción la Imagen recién venida, acordando colocar a la Señora en la iglesia de San Martín, que fué restaurada por los yangüeses cuando vinieron a ser pobladores de Agreda, y de cuyo templo era patrono el ilustre señor marqués de Velamazán.

Así sucedió: concluídas las vísperas del Corpus, acudieron las Autoridades y Cabildo acompañados de todo el pueblo a saludar a este don que el cielo les deparaba en tan amorosa Madre. Al llegar la procesión, el dichoso noble la llevó en sus hombros hasta entregarla a las Autoridades, por medio de un acta; un grito de gozo resonó entre los gracurrenses al ver tan morena como majestuosa Imagen. Fué saludada en tierna aclamación con el título de Nuestra Señora de los Ríos o de Yanguas. Y acompañados por los armoniosos ecos de instrumentos y timbales, el clamoreo de las campanas y los cantos de alabanzas al cielo y a la Señora, fué colocada en la capilla mayor de la iglesia de San Martín, a la pública veneración del agradecido pueblo que con maternal amor había preferido.

Los piadosos gracurrenses aumentaron su devoción a Nuestra Señora de Yanguas, por los grandes prodigios con que los favorecía en sus necesidades, notándose que éstos eran más frecuentes y señalados en los días del Corpus, en cuya procesión salía la Señora acompañando a su Divino Hijo.

En el año 1527, pasando la procesión por cierto barrio, extramuros de la villa, en el que habitaban las familias de los moros neófitos, un joven llamado Juan de Medrano, que había sido ya bautizado, no olvidando todavía sus erróneas creencias, cerró la puerta de su casa y se puso a trabajar en su oficio de zapatero, en menosprecio de

aquel gran misterio; mas al llegar la Imagen de Nuestra Señora de Yanguas a la puerta en donde se cometía aquel desacato, quedaron sin poder andar los que la llevaban, e inclinándose la Santísima Virgen, hasta torcerse los hierros con que iba asegurada, abrióse con estrépito la puerta, y quedó manifiesta con este milagro la traición de aquel enemigo de la santa Ley que había prometido profesar.

Grande fué el estupor de todos los pueblos que acudieron a la fiesta del Corpus al ver tan portentoso castigo, que aumentó la veneración de Agreda y su tierra, hasta proclamarla Patrona tutelar con el nuevo título de Nuestra Señora de los Milagros, cuyo acto fué aprobado por Su Santidad Paulo III, señalando su festividad el sábado siguiente al Corpus, en memoria de su aparición o venida y reperidos milagros.

El del zapatero Medrano produjo la reforma de costumbres y conversión de los sectarios. Demolida la casa en que tuvo lugar el acontecimiento, se edificó en su solar una capilla para eterna recordación, colocando en ella una pequeña Imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, a la que baja la procesión el día de la Patrona.

Se conserva tradición de otros hechos prodigiosos realizados en diversas épocas, pero por causas que ignoramos, pasaron sin que se abriese información oficial.

Jaime García Royo.

Relación de los señores que formaron las distintas Comisiones

PRESIDENCIA PERMANENTE: Don Rufino Oria (Párroco de Nuestra Señora de los Milagros), y don Esteban Sevillano (Presidente del M. I. Ayuntamiento de esta villa).

COMISIÓN DE ORNATO: *Presidente,* don Sebastián Jiménez.—*Vocales:* Don Fernando Viamonte, don Angel Laiglesia, don Gerardo Laiglesia, don Anselmo Blanco, don Francisco López, don Olegario Arlegui, don Pedro Cilla y don Juan Ruiz.

COMISIÓN COLECTORA: *Presidente,* don Pedro Casado.—*Vocales:* Don Regino Casado, don Rufino Oria, don Gregorio Cintora, don José María Quintana, don Terencio Ortega, don Aquilino Jiménez y don Pedro Alvaro.

COMISIÓN DE PROPAGANDA: *Presidente,* don Gregorio Cintora.—*Vocales:* Don Ecequiel Tudela, don Valentín Hernández, don Mariano Labadía, don Juan Ortega, don Enrique Núñez y don José P. Castellanos.

COMISIÓN DE PROTOCOLO: *Presidente,* don Joaquín de Cereceda.—*Vocales:* Don Isicoro Coscolín, don Aquilino Jiménez, don José P. Castellanos, don Amancio Casarejos, doña Cecilia Lainez, doña María Chueca y don Manuel Ruiz Ovejas.